

EL MOSQUITO DEL BAÑO

En el cuarto de baño hay un mosquito,
plano, que me saluda la mañana.
De ovales alas anchas, vegetales.
Ayer lo descubrí. Seguramente
lo vi días atrás, semanas, meses
sin yo fijarme ya, tan a lo mío.
Ayer se hizo patente: destellaba.
Es un mosquito a rayas, cristalino
que se alimenta tanto de las flores
como de las colonias y jabones.
Un mosquito nacido aquí, en mi casa
como una obra de arte, orfebrería.
Una obra de arte viva. Palpitante.
Un diminuto dije volador
que va desde el espejo a la toalla,
a la bañera, al frasco de loción,
y que revuela, sin que se le vea
por encima de un mundo donde yo
me afeito a ras, lavo mi cara y peino
delante del espejo cada día.
Bienvenido, tesoro; ésta es tu casa.

EL BAÑO

Hoy, al final del día, y de la noche
voy a dejarme caer en la bañera.
A descansar. Tenderme por el fondo.
Lo necesita cada miembro. Y todo
junto. Todo mi cuerpo está cansado.
No es que mi mano sola esté cansada
—que lo está—, ni que mi hombro, pie,
ojo, cabeza, labio, oreja, pierna
estén cansados —que lo están, sí—, sino
que todo el cuerpo, en su conjunto,
está cansado, eterno, y necesita
dejarse ya caer al fondo, alivio
de la bañera inmensa, con sus sales
olorosas, nutricias, vegetales.
Abro los grifos, deajo que se llene
de agua caliente. Mientras, me desvisto.
Abro el tarro de esencias; lo derramo
alrededor del agua, que se esponje.
Y luego me sumerjo. Por entero.
Caigo desde lo alto del cansancio
hasta dejarlo desaguar, allí.